Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 16 (1989)
Heft: 4

Artikel: Suiza - vista desde Paris
Autor: Richard, Lionel
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-909371

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 04.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Extranjeros escriben sobre Suiza

Miradas sobre Suiza

En el presente «Foro», cinco autores originarios de cinco países diferentes escriben sobre Suiza. Se trata de artículos muy distintos —tanto en cuanto al fondo como a la forma— que, por otra parte, fueron también escritos en diferentes ocasiones. Es precisamente esto lo que les da, así nos parece, un interés particular.

La elección de los autores no fue hecha al azar. Debe interesarnos saber lo que un periodista —o sea un «artesano de la opinión»— del Tercer Mundo piensa de nuestro país. O cómo, jefes de redacción de un país de la Comunidad Europea (CE) y de un país neutral deseoso de adherir a la CE juzgan la situación de Suiza frente al proceso de integración europea. Tampoco dejará a nadie indiferente la imagen que se hace de Suiza un escritor proveniente de un país en el cual reside alrededor de la cuarta parte de los suizos y suizas del extranjero. Es también particularmente interesante la mirada sobre nuestro país de un redactor extranjero originario de un país del Este que se encuentra en pleno proceso de profunda reformas.

Los autores son: el brasileño Gideon Rosa, que se hizo un nombre en su país como periodista de la televisión y de la prensa escrita, trabaja particularmente para «A tarde» «Jornal de Bahia» y el canal de televisión «TV Manchete». El alemán del Oeste Jürgen Engert, jefe de redacción de la emisora «Sender Freies Berlin». El austríaco Peter M. Lingens, ex jefe de redacción y ex editor y cronista de «Profil» en Viena. El francés Lionel Richard, crítico de arte y escritor en París. El húngaro József Martin, correponsal para el extranjero del diario de Budapest «Magyar Nemzet», hizo un viaje a Suiza invitado por la «Neue Zürcher Zeitung». *JM*

Suiza - Vista desde París

Los clichés tienen siete vidas, como los gatos. Los hacen perdurables diversas formas de comunicación social: las tarjetas postales, la publicidad turística, los reportajes en revistas ilustradas. De un extremo al otro del planeta, Suiza está marcada en su realidad más elemental, es decir en su existencia geográfica, por una representación perfectamente encuadrada: es un país de montañas. La evocación simbólica de Suiza se diría que es casi imposible de imaginar sin un eterno fondo de montañas. La escritora americana Gertrude Stein estaba tan persuadida de tal imagen difundida en los Estados Unidos que, al descubrir con sus propios ojos los paisajes helvéticos, se sintió decepcionada al no encontrar inmensas montañas en todas partes.

País de montañas, en consecuencia, país de deportes de invierno: Según creo, tal es la idea que se hacen de Suiza, igualmente y en primer lugar, la mayoría de los franceses. Esto implica, por supuesto, toda una serie de esquemas. Las ciudades pasan a ser consideradas como de menor importancia, el proletariado suizo como inexistente y la mentalidad de la población suiza por esencialmente campesina. ¡Pasturas y alpinismo, frondas y nieve, lácteos y chocolate! Las novelas de Ramuz (Aline, El gran miedo en la montaña, Derborence), el único escritor conocido en Francia como verdaderamente suizo, refuerza esta visión. Pero también, y más marcadamente, la prensa cotidiana: con raras excepciones no hay casi ninguna información sobre la vida en la Confederación Helvética. Aparentemente, sólo las reuniones internacionales o algún escándalo financiero acercan a Suiza al resto del mundo. En otras palabras, parece que en Suiza no pasara nada.

Sin embargo, Suiza es variada y esa variedad es mismo su carácter específico administrativa y culturalmente. El mito montañés, nacido en el siglo XIX, no es válido, como mucho, más que para una cuarta parte del país, ¿Falta de curiosidad del público francés? ¿Ausencia de interés de parte de quienes están encargados de documentarlo? Estas dos razones no pueden desecharse. El conocimiento del extranjero no es el fuerte de las preocupaciones francesas, y ello desde hace mucho tiempo. Por otra parte, la reputación de los franceses, estadísticamente verificada, es la de no viajar mucho, de ser flojos en geografía y poco familiarizados con lenguas extranjeras.

Pero más bien hay que preguntarse si, aparte de sus instalaciones turísticas y las cajas fuertes de sus bancos, Suiza tiene

Los clichés de la Suiza turística: paisajes idílicos, mundo alpestre grandioso, agricultura folklórica y ciudades plenas de encanto. El Lavaux al borde del lago Leman, región de Aletsch en el Valais, bajando de los Alpes en el Cantón de Appenzell, Basilea con la «Mittlere Brücke» sobre el Rin. (Fotos: ONST)

algo que ofrecer a las demás naciones. En efecto, hay en ella cuatro idiomas y cuatro culturas. Y, ¿que vemos? Vemos a los representantes más talentosos de las tres culturas primordiales volcarse, o mirar de reojo, hacia la República Federal de Alemania, hacia Francia o Italia respectivamente. A tal punto que la identidad suiza de muchos no es más que una coartada en los folletos de propaganda para justificar la pretendida vitalidad creadora de la Confederación Helvética.

Vistas desde Francia, las sutilezas del pluralismo cultural sustentado por el Estado suizo no son muy comprensibles. Las únicas editoriales suizas convenientemente difundidas en las librerías francesas son «Age d'Homme», «Aire» y «Zoé». Lo demás, es más o menos desconocido.

El resultado es que las gentes simples no encuentran diferencia entre los escritores suizos Jean-Luc Benoziglio, Jacques Chessex, Claude Delarue, Yves Laplace, Robert Tinguet y los escritores franceses Yves Berger, Michel Butor y Bernard Noël: sus editores son los mismos, son parisienses.

¿Es qué sería distinto para los nativos de la Suiza alemánica? Pero no, de ninguna manera: Dürrenmatt, Frisch, Hohl o Rober Walser no están traducidos del «suizo», lo están del alemán al igual que Böll o Martin Walser. ¡Imposible distinguir! ¿Y la suiza Alice Ceresa? Está traducida al italiano tal como Elsa Morante y, por añadidura, vive en Roma.

El pluralismo cultural de Suiza se manifiesta pues en el exterior como bastante artificial.

En realidad, Suiza da la impresión de no ser capaz de asumirlo. De una cultura a otra hay poca comunicación e interpretación porque las estructuras son insuficientes. Para la literatura, el lazo más eficaz es la Fundación oficial Pro Helvetia, pero no es más que un estímulo por sus subvenciones.

La lógica quisiera que un autor suizo fuera publicado simultáneamente, o casi, en las lenguas oficiales de la Confederación.

Como editor, Bertil Galland había orientado su programa en ese sentido, pero fracasó. Actualmente, escritores clásicos de la literatura suiza como Charles-Albert Cingria y Ramuz son apenas accesibles en alemán para los lectores de la Suiza alemánica y, a la inversa, lo mismo vale para Robert Walser, Ludwig Hohl y Adrien Turel, poco disponibles durante mucho tiempo en francés.

Un ejemplo de esta sorprendente separación se dió en 1986 con la Exposición de Lausana consagrada a la «Suiza de lengua francesa entre las dos guerras».

Apasionante exposición y suntuoso catálogo. Pero, ¿porqué no haber agrupado justamente el conjunto de la Confederación? Ya que lo que se reveló claramente en esta exposición es que la Suiza francesa, en todas las esferas, dejó a un lado las tendencias modernas, del cubismo y el constructivismo en pintura al surrealismo en literatura. ¿Fué igualmente el mismo camino elegido en Suiza alemánica? El asunto merece ser encarado. Tanto más cuanto que existieron puentes de Zurich y Berna a Ginebra y Lausana: el grupo Allianz contó así con «alemánicos» como Max Bill, Richard Lohse, Max von Moos, pero también Camille Graeser, ciudadano de Carouge.

En noviembre de 1968, por iniciativa de un grupo de estudiantes, tenía lugar en Friburgo un encuentro de un centenar de escritores, críticos y editores originarios de toda Suiza. En esa ocasión, Henri Giordan expresó su extrañeza en el «Journal de Genève»: Confieso haber quedado estupefacto al saber que tal crítico suizo francés de primera línea no se había encontrado jamás con tal autor suizo alemán importante, pero sobre todo que no había nunca leído sus obras».

Actualmente, esas líneas podrían sin duda ser escritas en los mismos términos.

La exposición de 1986 en Lausana da, en todo caso, esa impresión.

La revista «Passages/Passagen», publicada en francés y en alemán por la Fundación Pro Helvetia, busca manifiestamente cambiar esa imagen de una Suiza conformista y convencer a sus lectores, desde su primer número de 1985, que, por el contrario, Suiza es un país donde la cultura es dinámica, y polémica.

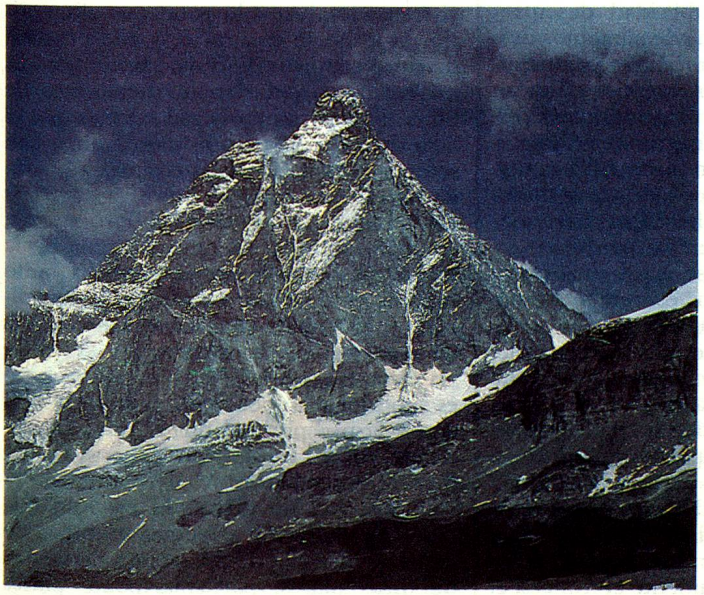
Es lo que también parece querer mostrar el nuevo Centro Cultural Suizo en París. El camino arriesga de ser largo, dado que no solamente los clichés no pueden ser erradicados de un día para el otro sino que a lo largo de los años los pocos aspectos positivos que podía presentar la imagen de Suiza en Francia se fueron deteriorando.

Suiza, tan limpia, está grandemente infestada por el SIDA, hay pues ahí una falla.

En cuanto a la democracia perfecta que generaciones de estudiantes tomaron como modelo, las transferencias de capitales y los negocios turbios a la manera del caso Chaumet le dan el aspecto de una fruta pasada.

Tantos suizos eligieron vivir en París, de Cendrars a Giacometti y Le Corbusier, que no podría ser sin una razón.

La razón todos lo dijeron: si se hubieran



El ángulo de visión es determinante, ya que todo puede ser mirado por lo menos de dos lados... El Cervin visto desde Italia (izquierda) y desde Suiza. (Fotos: Rolf A. Stähli).

quedado en Suiza se hubieran visto paralizados en su impulso creador.
Por supuesto, no todos los artistas dejaron Suiza. Pero los suizos emigrados dan más fuerza a una imagen que sintetiza en ella misma todas las otras y toda Suiza: la imagen de un país castrador. Es así como Claude Delarue no dudó en escribir en el «Journal de Geneve», en 1983, que Suiza le daba miedo, un «miedo metafísico» y que el orden aparente que reina sobre lo quimérico de ese país había engendrado en su subconsciente «un terror sordo, un malestar, una pesadez casi insoportables».

Lionel Richard, París

Impresiones sobre un país rico

Para mí, Zurich es en verdad la ciudad más hermosa de Europa. Me gustan esas parejas jóvenes bien vestidas –que uno se encuentra cuando hace buen tiempo en el paseo al borde del lago– y que deambulan aparentemente sin preocupaciones. Me gusta también el aspecto de la metrópoli económica, mismo si quienes viven allí se quejan del excesivo tráfico en el centro de la ciudad. Finalmente aprecio mucho el poder regresar sin riesgos a las dos de la mañana después de haber pasado la velada en casa de amigos. Quien haya tratado de hacer lo mismo en Río sabe de qué estoy hablando. En comparación con Londres, París o Roma, las ciudades suizas parecen particularmente apacibles y no solamente a causa de su limpieza casi legendaria. Lo que es natural para muchas de las gentes del país –por ejemplo el agua limpia que brota de las numerosas fuentes– para mí, que vivo en el tercer mundo, es un descubrimiento.

La puntualidad de los trenes suizos: un fenómeno asombroso para muchos extranjeros. (Foto: Keystone)

Cuando uno pasea por calles de ciudades suizas, es raro encontrar gentes con expresión dichosa. A menudo, la mayoría de los semblantes traicionan un dejo de tristeza y soledad. En este país opulento no son solamente las personas de edad quienes parecen sufrir de soledad, sino también los jóvenes. Mismo en periódicos conceptuados serios, se encuentran columnas enteras de pequeños anuncios que nos sorprenden a nosotros, los brasileños: anuncios de personas que buscan establecer contactos con la mujer o el hombre de sus vidas. En la mayoría de los quioscos se encuentran revistas eróticas o pornográficas que, cosa sorprendente, no parecen incomodar ni a quienes pasan ni a quienes las hojean.
En Suiza se tiene una predilección manifiesta por los perros y los gatos, si es posible de pura raza.
El lujo con que se rodea a esos animales privilegiados choca profundamente a cualquier persona que venga del tercer mundo. Los supermercados del país rebosan de alimentos para animales. En la televisión se hace publicidad desenfrenada para toda la gama de alimentos destinados a animales domésticos: perros superinteligentes y gatos asépticos indican gallardamente su marca preferida. El escándalo es todavía más grande en las calles y las plazas: llevando un collarcito y, en invierno, mismo ropa de abrigo, esos pequeños protegidos hacen sus necesidades en las veredas y en los parques.
De tanto en tanto, se hace una breve pausa para recoger los excrementos malolientes de esos animalitos.
Por la mañana, al mediodía y a la noche, una muchedumbre de propietarios de perros, bien equipada, sale de sus casas para seguir los pasos de sus cuadrúpedos. Parecería que los pequeños ni ladran ni muerden.
Los suizos saben idiomas asombrosamente bien. Casi todo el mundo habla inglés, además, no son raras las personas que dominan perfectamente el francés, el italiano y el español. Conviene destacar especialmente los diversos dialectos cantonales así como el romanche que lucha por su supervivencia frente al dialecto suizo-alemán.
Mientras que en la Suiza francesa y en la Suiza italiana, la lengua hablada y la lengua escrita son prácticamente idénticas, la Suiza alemánica soporta el hecho que su lengua corriente no puede ser ni escrita ni impresa. Los diarios se publican en buen alemán, lo que no quiere decir que los alemanes se entiendan particularmente bien con los suizos alemánicos y viceversa.
Cuando es necesario, los suizos alemanes se esfuerzan para hablar el buen alemán con sus vecinos germanos, sin dejar a veces vislumbrar cierto desdén por ese idioma. En efecto, mientras que el suizo alemánico comprende sin problemas el alemán, éste no sabe que hacer frente a los diversos dialectos helvéticos...
Si bien los alemanes miran aún, tal vez con cierta envidia, la tasa del franco, para nosotros, los brasileños, el poder adquisitivo de la moneda suiza es casi increíble, mismo en su propio país. Poco después de mi llegada a Zurich constaté que los suizos pueden llenar el tanque de su automóvil con el contravalor de tres horas de trabajo como máximo. Al advertir esto, un brasileño fanático del automóvil no sale de su asombro.
En efecto, para darse el lujo de llenar el tanque, debe pagar más de la mitad del salario mínimo fijado por el Estado, que se eleva a alrededor de 65 francos.
Y cuando uno piensa que en el Brasil una persona de clase media gana (si tiene mucha suerte) dos o tres veces el salario mínimo se deduce evidentemente que los suizos se encuentran en mucho mejor situación. Además, los brasileños deben acomodarse a una tasa de inflación exorbitante. En el curso de los seis meses que viví en Suiza un solo producto alimenticio, la leche, se encareció, y ello en total de cinco centavos de franco por litro: «Es un escándalo», decían los habitantes de Suiza. Si vivieran en Brasil sabrían que el litro de leche pagado hoy un franco con setenta y cinco centavos costaría ya a fin de mes dos francos.
Da la impresión que el dinero es tan abundante en Suiza como la arena en la playa. Nadie sabe exactamente cuanto hay. Es verdad que los suizos tienen dinero, pero no lo muestran. La mayoría de la gente cree inocentemente –y yo diría también que en eso la perspicacia no es superior a la mediana– que la estabilidad y la prosperidad que conoce actualmente Suiza son el fruto del trabajo arduo de la población.
Esta mayoría no piensa ni un solo instante en la profusa afluencia en Suiza de miles de millones de dólares provenientes de otros países, particularmente países del tercer mundo. Aparte de esto, la chispa del antagonismo salta de tanto en